

y del uno el otro en pos,  
la distancia devoraron,  
y en corto instante llegaron  
frente á la casa de Dios.

Junto á la puerta cerrada  
se detiene el de Campero:  
pronto el otro caballero  
llega empuñando la espada.  
Gira en sus ejes, pausada,  
la enorme y maciza puerta,  
que sólo se ve entreabierta,  
y el Capitán General  
por ella entró en la Catedral  
con planta medrosa, incierta.

Su ayudante, cauteloso,  
temiendo alguna asechanza,  
hacia la puerta se lanza  
de entrar por ella anheloso.  
Mas un brazo vigoroso,  
brazo para él invisible,  
con esfuerzo irresistible,  
violento le arrebató  
y con él en tierra dió  
dejándole allí insensible.

Y tras de la puerta misma  
que por sí sola se abrió,  
y que luego se cerró,  
Campero en sombras se abisma;  
¡Ya no el engañoso prisma  
de su altivo pensamiento,

en tan solemne momento  
alimenta su valor,  
que un invencible terror  
da á su corazón tormento!

Se detiene, á su pesar,  
presa de mortal congoja,  
de sí mismo se sonroja  
y no lo sabe evitar.  
Quiere y no puede avanzar,  
hasta que al fin, vacilante,  
y extendidas adelante  
las manos, un paso dió,  
y otra vez allí volvió  
á detenerse anhelante.

La sombra que le rodea  
y el silencio pavoroso  
que del templo majestuoso  
las anchas naves pasea;  
la visión que en su alma crea  
supersticioso temor,  
y el lejano resplandor  
del cirio que arde ante un santo,  
hacen que crezca el espanto  
del señor Gobernador.

Gira la vista doquiera  
en busca del que le abrió  
la puerta, y á nadie halló  
que guiarle allí pudiera.  
Piensa, teme, desespera,  
vacila, duda y avanza,

concibe luego esperanza  
de que acaso salir puede,  
y rápido retrocede  
y hacia la puerta se lanza.

Mas la puerta está cerrada,  
y con ya convulsa mano,  
pugna por abrirla en vano  
en lucha desesperada.  
Siente el alma conturbada  
y hacia la nave sombría,  
que á su izquierda se veía,  
juzgando inútil la empresa  
de poder salir, regresa  
y ya en Dios tan sólo fía.

Le invoca devoto y reza  
y serenarse consigue,  
y luego el camino sigue  
que hacia el ábside endereza.  
Ya con valor y entereza,  
llega pronto hasta el sillón,  
que ocupa en toda función,  
y con fe dulce y sencilla,  
allí dobla la rodilla  
y murmura una oración.

En el aire suspendida,  
lanzando tenues reflejos,  
de Campero está no lejos  
una lámpara encendida.  
Símbolo es de eterna vida  
promesa de venturanza,

y su blanca luz nos lanza  
sus rayos hora tras hora,  
como la luz bienhechora  
de la risueña esperanza.

En urna rica de plata,  
coronada por la Cruz,  
el reflejo de esa luz  
vagamente se retrata.  
Y Campero humilde acata,  
con palabra y pensamiento,  
el Augusto Sacramento,  
y en la luz y en el altar,  
no se cansa de fijar  
sus miradas un momento.

Súbitamente miró  
cómo tenue y vagarosa  
una blanca y vaporosa  
imagen apareció.  
Y lentamente avanzó,  
sin que leve ruido hiciera,  
cual si blanca nube fuera,  
que del cielo desprendida,  
por el aire suspendida  
en el espacio estuviera.

Y así continuó avanzando  
silenciosa, hasta llegar  
á apoyarse en el altar  
que está la luz alumbrando.  
Y esa luz iluminando,  
con vagas fintas verdosas,

fué las naves majestuosas,  
 las bóvedas elevadas,  
 y las columnas cercadas  
 por las sombras misteriosas.

Los cristales de colores  
 de las ojivas reflejan,  
 las ondas de luz que dejan  
 admirar sus resplandores.  
 Y aquellos vagos fulgores  
 poco á poco van creciendo,  
 y el templo todo invadiendo,  
 cual si fueran igneo mar,  
 hasta al nicho y al altar  
 van sus olas extendiendo.

Súbitamente se oyó  
 en la torre no lejana,  
 el clamor de una campana  
 que estridente resonó.  
 A aquel tañido se abrió  
 enorme grieta en el muro,  
 y de allá del fondo obscuro,  
 que formaba el ancho vano,  
 surgió un esqueleto humano  
 como á la voz de un conjuro.

Sobre sí mismas giraron,  
 con extraño movimiento,  
 las losas del pavimento  
 que unas con otras chocaron.  
 De los huecos que dejaron,  
 aquí y allí descubiertos,

fueron saliendo los muertos  
 en revuelta confusión  
 y en el fúnebre crepón  
 de los sudarios cubiertos.

Y los humildes pecheros,  
 los esclavos y señores,  
 Obispos, Gobernadores,  
 los ricos encomenderos,  
 los altivos caballeros  
 y los frailes y los curas,  
 de sus hondas sepulturas  
 los negros antros dejaron  
 y en procesión se alinearon  
 con sus rotas vestiduras.

Bañado en frío sudor,  
 con el cabello erizado,  
 cayó en el sillón, sentado  
 el señor Gobernador.  
 Y á su garganta el terror  
 se apretó con fuerte nudo:  
 quiso gritar, y no pudo;  
 quiso rezar, y tampoco;  
 ¡y creyó que estaba loco!  
 ¡y creyó que estaba mudo!

De una triste melodía  
 el melancólico son  
 se escucha, y la procesión  
 se encamina á la cruzía.  
 Y silenciosa y sombría,  
 cual fantasmas infernales,

allí ocupa los siales  
que en larga hilera se extienden,  
en tanto que el aire hienden  
los cánticos funerales.

Y con los ojos abiertos,  
de una manera espantosa,  
Campero ve la horrorosa  
procesión de aquellos muertos.  
Débiles, vagos, inciertos,  
y del coro desprendidos,  
se escucharon los sonidos  
del órgano cuyas voces,  
ó pausadas ó veloces,  
semejan tristes gemidos.

Cesa, al fin, el triste canto  
y la música se apaga,  
cual triste rumor que vaga  
por el templo augusto y santo.  
Y entre sollozos y llanto,  
de aquella salmodia en pos,  
se eleva triste una voz,  
se oye una queja, un lamento,  
junto al santo monumento  
en que está presente Dios.

“Alma, dice, en pena soy  
á quien Dios cerrarme quiso  
las puertas del Paraíso,  
que ya abiertas á hallar voy.  
Por su mandato aquí estoy.  
Escuchad ¡oh, potentados!

Gobernadores, Prelados,  
que reunidos aquí estáis,  
y á juzgar delitos vais  
en la tierra perpetrados.

Mujer en el mundo fui  
de celebrada belleza;  
por mi virtud y riqueza  
agasajada me vi.  
De padres nobles nací  
en la corte virreinal,  
y rico y pingüe caudal  
al fallecer me legaron,  
que á un tutor encomendaron,  
creyéndolo bueno y leal.

Mas en su pecho traidor,  
Luzbel encendió un deseo,  
y tornóse, entonces, reo  
de crimen que causa horror.  
Prendóse de mí el tutor;  
no hallando correspondencia,  
al halago y la violencia  
y á mil medios recurrió  
por lograrme, mas halló  
siempre firme resistencia.

Loco ya, desatentado,  
y en su vanidad herido,  
el amor que había sentido  
miró en odio transformado.  
Y al crimen precipitado  
por la mano de Satán,

concibió un odioso plan  
de que no quiero acordarme  
para luego abandonarme  
y venirse á Yucatán.

Y á crimen tan horroroso  
otro crimen añadió,  
pues con mi fortuna huyó  
satisfecho y poderoso.  
Un porvenir espantoso  
desde entonces me esperaba,  
y la suerte preparaba  
al hijo inocente mío,  
porvenir triste y sombrío,  
porvenir que me espantaba.

Juzgad, pues, y sentenciad  
al autor de mis dolores.  
¡Obispos, Gobernadores,  
vuestro fallo hoy mismo dad!  
Vive mi hijo en la orfandad,  
y no hay nadie que me arguya  
que no es justo restituya  
quien, sin derecho y razón,  
retiene, inicuo ladrón,  
la fortuna que no es suya."

Así la voz exclamó  
con tono estridente y seco,  
que en las bóvedas el eco  
vagamente repitió.  
Luego otra vez se escuchó  
en el púlpito cercano,

y el acento sobrehumano,  
que en las bóvedas retumba,  
parece que de la tumba  
se alza ronco y soberano.

Del triste Gobernador  
el sudor el rostro moja,  
y crece más su congoja,  
y crece más su terror.  
Cruel y nervioso temblor  
sus fríos miembros agita,  
y se estremece y palpita  
su angustiado corazón,  
y con ronca voz, "perdón"  
y "perdón" dos veces grita,

"Campero, dijo la voz,  
oye humilde la sentencia  
que te dictan la clemencia  
y la justicia de Dios.  
Pues fuiste del vicio en pos  
y en el crimen te manchaste,  
y la virtud ultrajaste  
de una indefensa mujer,  
vas de tú muerte á saber  
el instante que olvidaste.

Que entras hoy en agonía  
ya tu alma angustiada advierte  
Disponte. Será tu muerte  
dentro de tercero día.  
Hacia Dios tu mente guía  
y lo ajeno restituye,

que tal acto disminuye  
la pena que has de sufrir; ¡  
y pues vas pronto á morir,  
el mal que hiciste destruye.

Esto la justicia ordena;  
mas la clemencia divina,  
que siempre al perdón se inclina,  
templa y suaviza tu pena.  
Al fin la región serena  
de los justos hallarás,  
y allí el premio gozarás  
de quien, humilde y contrito,  
confiesa y purga el delito,  
como purgándolo estás.

Calló la voz y Campero  
la vista extraviada gira  
hacia el púlpito, en que mira  
al sacerdote extranjero.  
En aquel semblante austero,  
con creciente espanto, advierte  
que no háy vida, que está inerte,  
que en la mirada sin brillo  
que alumbra el rostro amarillo,  
se está mostrando la muerte.

¡Oh angustioso y cruel tormento!  
¡oh prolongada agonía!  
José Campero sentía  
apagarse el pensamiento.  
Los ojos cerró al momento  
recordando la función,

y el espantable sermón  
creyó volver á escuchar,  
y que iba, luego á estallar  
en su pecho el corazón.

¿Cuánto tiempo estuvo así?  
¿cuánto tiempo, frío, inerte,  
entre la vida y la muerte  
estuvo sufriendo allí?  
Jamás la crónica oí  
que tal cosa consignara.  
Sólo afirma el padre Lara  
que tanto tiempo sudó,  
que absorto el pueblo miró  
que el sillón no se secara.

Largas y mortales horas  
duró tan fiera agonía;  
vino, al fin, la luz del día  
con sus tintas seductoras.  
Visiones aterradoras,  
voces, músicas y canto,  
suspiros, quejas y llanto,  
indécisa luz y vaga,  
todo cesa, al fin se apaga  
como por obra de encanto.

Tres días después bajó  
Campero á la sepultura,  
que una extraña calentura  
la vida le arrebató.

Mas al morir ordenó  
 que una fuerte cantidad  
 su albacea á la ciudad  
 de México remitiera,  
 y que con ella cumpliera  
 su secreta voluntad.

Como tiempo  
 cuanto tiempo, irio, marte  
 entre la vida y la muerte  
 estuvo suscitado allí  
 Jamás la eterna oi  
 que tal cosa consiguiera  
 Sólo áhina el padre. La  
 que tanto tiempo andó,  
 que absorto el  
 que el sílono no



Largas y mortales horas  
 duró tan fiero agonía;  
 vino, se fin la luz del día  
 con sus tintas seductoras  
 Visiones torbaroras  
 voces, músicas y canto,  
 suspiros, quejas y llanto,  
 indecisa luz y vagar  
 todo cesar, si fin se spaga  
 como por obra de encanto.

Tres días después pasó  
 Campero á la sepultura,  
 que una estruena calabrera  
 la vida le arrebató.



## IDILIO FUNEBRE

### EPISODIO VULGAR

En las torres de la Iglesia  
 toca á muerto la campana,  
 y es su fúnebre tañido  
 triste adiós que dice á un alma,  
 Toca á muerto, y en la aldea  
 están las puertas cerradas,  
 y las mujeres reunidas  
 dan al cielo sus plegarias.  
 Está el hogar desolado,  
 el hogar que fué de Marta,  
 y hay llano en todos los ojos  
 hay pena en todas las almas.  
 La muerta yace tendida  
 en el medio de la sala  
 y en cuatro hachones de cera  
 se ven temblar cuatro llamas.